

debeis la santa gravedad de nuestro ministerio, de aquel arte vano y frívolo que no tiene mas fin que la colocacion de los discursos y la gloria de la elocuencia. Asistís á nuestros sermones, como en otro tiempo San Agustin, cuando aun era pecador, á los de San Ambrosio. No asistia, dice este ilustre penitente, por aprender allí de la boca del hombre de Dios los secretos de la vida eterna, que habia ya tanto tiempo que buscaba, ni para hallar allí remedio á las vergonzosas é inveteradas heridas de mi alma, las que solo vos conocíais, ¡oh Dios mio! sino por examinar si su elocuencia correspondia á su fama, y sus discursos eran dignos de los aplausos que le daba todo su pueblo. Yo no me interesaba en las verdades que él predicaba; solamente me movia la hermosura y suavidad del discurso: *Rerum autem incuriosus, et contempitor adstabam, et delectabar suavitate sermonis.*¹

Y este es tambien hoy el deplorable estado de muchos de los fieles que me oyen, los que cargados de culpas, como Agustino, atados como él con las mas vergonzosas pasiones, lejos de venir á buscar aquí remedios para sus males, vienen á buscar vanos adornos que divierten á los enfermos sin curarlos, que hacen que nosotros gustemos al pecador, pero no que el pecador se disguste de sí mismo. Vienen, segun parece, á decirnos lo que en otro tiempo decian los habitantes de Babilonia á los israelitas cautivos: Cantadnos los cánticos de Sion: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.*² Vienen á buscar la armonía y el concierto en las verdades serias de la moral de Jesucristo, en los suspiros de la triste Sion extranjera y cautiva, y quieren

¹ Conf. lib. 5 cap. 13.

² Psalm. 136. v. 3.

que nosotros nos dediquemos á halagar el oido cuando publicamos las terribles amenazas y máximas severas del Evangelio: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.*

¡Oh vosotros los que me escuchais y á quienes se dirige este discurso! entrad dentro de vosotros mismos por un instante; vuestro estado ya es como deplorable á la vista de Dios; vuestras llagas inveteradas casi no dejan esperanza de remedio, vuestros males urgen, el tiempo es corto; Dios, cansado ya de sufriros, va por último á heriros y sorprenderos. Estas son las eternas desgracias que os pronosticamos y que suceden todos los dias á vuestros semejantes. Vosotros no estais lejos de su cumplimiento; nosotros os manifestamos la terrible espada del Señor que está sobre vuestra cabeza, dispuesta á caer sobre vosotros, y lejos de atemorizaros por las consecuencias de vuestra suerte y de tomar las medidas para apartar de vosotros la espada que os amenaza, os divertís en examinar si brilla y reluce; buscáis aun en los terrores de la predicacion las pueriles bellezas de una elocuencia intempestiva. ¡Gran Dios! ¡qué digno de burla y de desprecio parece el pecador cuando se mira á vuestras luces!

Porque, católicos, ¿acaso estamos aquí nosotros en un púlpito profano para granjearnos con artificiosas palabras los votos de una asamblea ociosa ó en la cátedra cristiana y en lugar de Jesucristo para instruiros, reprenderos y santificaros en el nombre y en la presencia del que nos envia? ¿Es esto por ventura una disputa en que se interesa la fama, un ejercicio de entendimiento y de ociosidad, ó el mas santo y mas importante ministerio de la fe? ¡Ah! ¿por qué venís á reparar en nuestros cortos talentos y á buscar prendas humanas en donde solo Dios es quien habla y obra? ¿no son algunas veces los instrumentos mas viiles los mas

propios para el poder de su gracia? ¿cuando él quiere no se arruinan los muros de Jericó al sonido de unas débiles trompetas? ¿qué nos importa el agradaros si no os mudamos? ¿de qué nos sirve ser elocuentes si vosotros permanecéis siempre pecadores? ¿qué fruto sacaremos de vuestras alabanzas si vosotros no le sacáis de nuestras instrucciones? Nuestra gloria consiste en establecer el reino de Dios en vuestros corazones; vuestras lágrimas solamente pueden elogiarnos mucho mejor que vuestros aplausos, y nosotros no queremos mas corona que á vosotros mismos y vuestra salud eterna. Amén.



SERMON

PARA

EL LUNES DE LA

PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.

SOBRE LA VERDAD DE OTRA VIDA ETERNA.

Ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam.

Estos irán á un eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

MATTH. 25. v. 46.

Ved aquí, católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aquí, finalmente, el término de las vanas reflexiones de los sábios y de los entendimientos rebeldes, de las dudas é incertidumbres eternas de los incrédulos, de los vastos proyectos de los conquistadores, de los monumentos de la gloria humana, de los cuidados de la

TOM. III.—P. 21.